

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo: --D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

RELIGIÓN Y TRABAJO

La Iglesia, y con ella las Ordenes religiosas, que son su más preciado ornamento y su porción escogida, han ennoblecido y dignificado el trabajo; pero le han suavizado y sublimado, además, con los preceptos, consejos y consuelos de la religión.

No desconoce la Iglesia que sus hijos no son meros espíritus, sino hombres que no pueden sustraerse a la acción de las prosaicas, pero desgraciadamente imperiosas e imprescindibles exigencias de la materia; y por eso, al propio tiempo que por medio de la práctica de los deberes religiosos, proporciona a los pobres la relativa paz que pueden tener en este lugar de combate y los dispone para la consecución de la paz eterna, después de su viaje a las regiones de ultratumba, atiende con solicitud maternal a sus necesidades materiales, uniéndolo con el trabajo la religión.

En efecto: el trabajo sin religión, cuando es excesivo, embrutece al hombre poniéndole al nivel de los irracionales, que ni conocen, ni esperan, ni han de seguir vida mejor, y levanta en su corazón oleadas de odio implacable contra las clases favorecidas, abriendo la puerta a las utopías, del socialismo y del comunismo, a los horrores del anarquista devastador; y la religión sin trabajo es manca, mutilada, deficiente e imperfecta, despreciable a los divinos ojos y perjudicial a la sociedad: el trabajo, pues, y la religión se complementan y forman al cristiano laborioso y rosignado, como la gruesa materia y el espíritu inmortal que le anima componen el supuesto racional que llamamos hombre.

Solo, pues, el trabajo moderado, metódico, racional, prudente, tolerado con resignación cristiana, como medio de expiación, regulado según las diferencias de sexos y de edades, suavizado por la santificación y descanso de los días festivos, sublimado por la pureza de intención y retribuido convenientemente en el orden material y las enseñanzas, auxilios, y consuelos de la religión, dan al hombre y a la sociedad lo que la Iglesia pide diariamente a Dios.

Por eso ella, que a falta de palabras efectistas y frases de relumbrón, como los filántropos modernos, se interesa como nadie por el bienestar, no sólo material, si que también y muy principalmente espiritual y eterno de los pobres, se ha acercado al obrero y, estréchando con efusión las callosas manos del mismo entre las suyas benditas, le ha dicho con cariño maternal: Dios te guarde, honrado hijo del trabajo. Ciertamente esto es una ley que pesa sobre el hombre, una condena que gravita sobre él; pero este no es su fin último, sino intermedio y próximo; tú eres criatura racional, no bestia; no has nacido para sucumbir en las rudas fatigas de un trabajo inmoderado, sin levantar jamás la vista al cielo, como el asno y el mulo, que carecen de inteligencia; sino que el trabajo, al propio tiempo que te sujeta como cadena impuesta por la justicia divina, a la prole de Adán prevaricador, es para ti moneda de expiación: mediante el mismo, sublimado por la paciencia, y el amor a Dios, satisfarás por tus culpas; y el mismo, aun en lo temporal, será para ti venereo de puros placeres.

La Iglesia recuerda a las clases proletarias la necesidad, impuesta por la sabiduría del Creador, de la diferencia de clases sociales, y con sus dulces enseñanzas defiende la personalidad y los derechos de los pobres y obreros contra los ricos y patronos; y los de éstos contra aquéllos, uniéndolos como hermanos con la caridad cristiana. A sus palabras consoladoras va vinculada la acción benéfica, promoviendo, alentando y bendiciendo la creación de Círculos católicos, que instruyen, protegen y distraen honestamente al obrero, apartándole de casas de juego y lugares de perdición; e inspirándole actos de honradez y economía; le socorren con la creación de Bancos populares, Cajas rurales

y de ahorros, Montes de Piedad y otros auxilios análogos.

Que el sacerdote católico es llamado a poner en práctica, bajo la acción del episcopado, tan útiles enseñanzas, yendo al pueblo y mostrándole con obras que sólo la Iglesia católica es su verdadera amiga, es lo que recomiendan multitud de sociólogos y economistas católicos, según el Código de democracia social cristiana dictado por León XIII. A ello debe responder el obrero honrado.

B. S. D.

LAS FLORES PARA LA VIRGEN

— Jesús, ¡qué niña tan guapa!
 Jesús, ¡qué niña tan linda!
 ¿Qué buscas en estos campos?
 ¿Qué haces aquí tan solita?
 — He venido a coger flores.
 — ¿Para qué las quieres, niña?
 — Está malita mi madre, y me han dicho las vecinas que al punto se pondrá buena si cuando toquen a Misa una corona de flores llevo a la Virgen María.
 — ¡Bendita sea tu boca!
 ¡Hermosa, Dios te bendiga!
 ¿Quieres a la Virgen?
 — Mucho.
 — ¿Le vezas?
 — Todos los días.
 — Y ¿qué le pides?
 — Le pido... salud para mi familia.
 — ¡Bendito el Señor que cría, serafines tan hermosos, y la que parió tal hija!
 Vámonos por estos campos y estas praderas floridas, que juntas recogeremos las flores que necesitas. Mira cuántas violetas, mira cuántas violetas, mira cuántas clavellinas, mira cuántas clavellinas! ¡Qué hermosa está la Virgen con ellas coronada!
 Verás como da a tu madre la salud y la alegría, y verás, cuando estas flores ornen su frente bendita, cómo no hay chicos ni grandes que al contemplarla no digan: «¡Es María más hermosa que el oro y la plata fina!»

— Y ¿por qué gustan las flores tanto a la Virgen María?
 — Porque son hermanas suyas.
 — ¿Hermanas suyas?
 — Sí, niña; por eso la Virgen, rosa de Jericó se apellida; por eso aromas celestes, a su lado se respiran; por eso su santo nombre el corazón recogía como las flores que pueblan las valles y las colinas; por eso en el mes de Mayo con cánticos de alegría van todos al Santo Templo donde se ostenta bendita, como van a los jardines

donde brotan clavellinas, olorosas azucenas y por eso cantan hombres, mujeres, niños y niñas: «¡Es María más hermosa que el oro y la plata fina!»

IV

— Yo pondré en tu santa frente una corona muy linda; pero tanto que la Virgen no haga caso de una niña...
 — ¡Ángel de Dios, tu inocencia los corazones cautiva!
 Las niñas también son flores, y agrandan tanto a María, como las que en los jardines y en las praderas se crían. Mas ya tocan las campanas, ya bajan por las colinas 6 suben por la ribera grandes y chicos a Misa. Vámonos también nosotros, pues tenemos concluida la corona que a la Reina de los Angeles dedicas; vamos a ver a la Virgen, pues tanto entendido, niña:
 «¡Es María más hermosa que el oro y la plata fina!»

Trecha.

EN HONOR DE UN FRAILE

Un caso de clericalismo suizo.

Leemos en el *Osservatore Romano*:

«Participamos que el R. P. Pedro Maunon, religioso dominico, jefe Profesor de Historia Eclesiástica en la Universidad de Fribourg, volvió a renovar hace poco el curso de sus lecciones, saludando a los alumnos con palabras nobles y serenas.

Los oyentes, que eran 150, y pertenecían a todas las facultades universitarias, y en gran mayoría franceses, polacos, ingleses, italianos y americanos, saludaron al digno religioso al entrar en el aula con una estrepitosa evasión, que renovaron durante la lección.

Concluida el aula los estudiantes acompañaron al docto religioso hasta *Albertinus*, donde reside, renovando allí la manifestación de simpatía con vivísimos aplausos.

Esto sucede en un país donde la mayoría es protestante.

Aquí, en un país que se dicen católicos, los cultísimos alumnos que se usan, sentirían, al menos muchos de ellos, tentaciones de apedrear al religioso que subiese a una cátedra universitaria.

Los vándalos de Francia.

El Museo Franciscano de Marsella.

El 6 de Diciembre pasado se puso en venta, a instancia del liquidador, el Museo franciscano de Marsella, fundado por el Reverendísimo Padre Luis Antonio de Porrentruy, Definidor General de los Capuchinos. En él se guardaban los bocetos y fotografías que sirvieron para ilustrar la obra de *San Francisco de Asís* publicada en 1838 en la librería de Plon, de París, así como también, curiosas copias de los frescos de Asís, y grabados y pinturas rarísimos hechos sobre mármol, madera y cobre. Contenia dicho Museo verdaderas riquezas artísticas y preciosos documentos para la historia franciscana.

Entre otros objetos merecen especial mención las reproducciones de las pilas de agua bendita de mármol de la antigua Iglesia de los Recoletos de Marsella, debidas al cincel de Ruzot, reproducciones de Della Robbia, y los bajorelieves del célebre pulpito de San Francisco de Florencia.

Hasta 1908 venían de todas partes de

Europa a visitar el riquísimo Museo franciscano de Marsella, formado por el P. Luis con tanto esmero y a costa de no pocos trabajos y sudores.

Por Breve de 20 de Diciembre de 1905, manifestó Su Santidad León XIII públicamente lo agradable que le era la obra del Museo franciscano, bendecido ya por los Superiores generales, amenazando con las penas reservadas a los que contravienen los mandatos pontificios, a quien sacasen algún objeto de él.

Por un precio vil ha pasado a manos de un judío aficionado a antigüedades, vendido por el Gobierno Secretario de Francia. Vandalismo anticlerical se llama ese hecho.

LOS ENFERMOS Y LA CONFESIÓN

— ¿Sr. Magó?
 — Adelante.
 — ¡Oh! Dispense Ud. que me sienta, vengo sudando de tanto correr, la cosa urge, yo estoy desesperado, loco, imposible que eso lo mande Dios.

— ¿Qué pasa, pues?, explícate.
 — Tengo mi mujer enferma de pulmonía, está grave, realmente yo creo que se muere.
 — ¿Todo sea por Dios!; pero calma te, no hay más remedio que tener paciencia....
 — Sr. Magó, todo eso ya lo sé; pero de lo que yo me lamento es de otra cosa más grave. Mire Ud., yo soy cristiano y creo en Dios; pero hay personas que, con capa de religión, son más malas que el demonio. Tengo una cuñada que no sé cómo entiende el catolicismo, porque un salvaje no haría lo que ella pretende hacer con mi mujer.

— ¿Qué quiere hacer, pues?
 — Supóngase Ud. que, desde que mi mujer está grave, que no se aparta de su cabecera, y empujada en que le ha de decir que se muere y que es preciso que se confiese. Comprenda Ud., Sr. Magó, que eso va a ser un escopetazo para ella, es lo mismo que pegarle un tiro, y yo no puedo sentirlo. Lo que le he dicho yo, «mujer, yo no me opongo a que reciba los Sacramentos, a que venga el Cura y hasta que le den la Unción, si os empuéñais; pero eso, cuando haya perdido el conocimiento, cuando no sepa lo que hace; porque otra cosa, es un salvajismo.» Y como sé que ella está entusiasmada con lo que Ud. escribe en *El Eco de la Cruz*, digo: «dámeme ir a ver si el Sr. Magó me da unas letras», que estoy seguro que hará más caso que si se las mandara el Papa. Y esto pronto, señor, porque me estoy temiendo que mientras ha venido no haya hecho alguna salvajada.

— Oye, pero tú ¿eres cristiano?
 — Ya lo he dicho que sí.
 — Y ¿ienes fe?
 — Como el primero.
 — Y ¿quieres a tu mujer?
 — Pues ¿no la he de querer?
 — Poco se conoce, cuando lo mismo te da que vaya al cielo que al infierno. Si no puedes hacerle nada serio sin conocimiento, ¿cómo quieres que tu mujer se prepare a morir, la cosa más seria de la vida, cuando ya no tenga sentido? Dices que quieres a tu mujer, ¿cómo te empuéñais, pues, en que muera como un perro? No es tu cuñada cruel, tú eres el salvaje, que no te compadeces del peligro que pueda correr tu esposa en el otro mundo.

— Y ¿si se asusta?
 — Y ¿si se condena? Además, ningún enfermo se muere por saber que se muere; y se ha observado que los enfermos, una vez Sacramentados, si no se curan, por lo menos reaccionan y se sienten mejor; más tranquilos; porque los Sacramentos, no solamente dan la salud al alma, sino también al cuerpo, si conviene.

— Pero, comprenda Ud. que es muy duro. — Todo es empezar. Al morir tu mujer, va a presentarse ante Dios; para rendirle cuenta de toda la vida; y ¿tú quieres que se